



El Encaje de Bolillo

En nuestra región son escasas las artesanas que se especializaron en realizar encajes de bolillo. Puede ser que se deba a lo complejo de dicha técnica, a su limitada enseñanza y falta de difusión. Todas las personas consultadas han respondido que: *"...lo aprendí de mi patrona, una señora con parientes españoles...;... mi patrona hija de italianos..." o "...las monjitas del colegio me enseñaron"*.

No todas las mujeres en el pasado tuvieron la oportunidad de ir al colegio o de emplearse en casas con personas ligadas a Europa. Pero lo importante es que esas mujeres que tuvieron la suerte de aprenderlo, generosamente fueron creando espacios para difundirlo entre sus parientes y amistades cercanas.

Este es el caso de la señora Carmen López de Espinoza, maestra en el arte del bolillo, oriunda de Río Claro (fundo La Aguada, Yumbel), y poseedora de una gran cantidad de muestras de tejido que se encuentran en la sala Curarrehue. Creció viendo tejer a su abuela Rosa, a sus tías y a su madre. La abuela Rosa a su vez aprendió a tejer de su patrona. A esta señora le enseñaron a tejer en el colegio, utilizando patrones o moldes en cartulina que se adquirían en las librerías de Santiago. Para tejer se coloca el patrón sobre la almohadilla, y el diagrama guía el deslizamiento de los bolillos, ayudado con los alfileres, clavándolos en el lugar preciso.

Para realizar el tejido de bolillos nuestras *cultoras* utilizan tres elementos: una almohadilla, que consiste en una bolsa de género rectangular de unos 30 cm. de largo, se cierra a un lado con un pasacinta, dejando el extremo opuesto abierto para colocar serrín (partículas desprendidas de la madera al serrarla mezclado con afrecho o salvado), el serrín tiende a humedecerse y el afrecho absorbe toda la humedad; hay otros elementos como paja, lana y restos de género recortado que se utilizan para rellenar las almohadillas, como es en el caso de Penco, Hualqui, Arauco y Coroñei (fundo al interior de Tomé). Lo más importante es que el relleno debe quedar muy bien prensado para darle firmeza a la almohadilla o mundillo como se conoce en España.

Es recomendable colocar sobre la almohadilla una faja de género listado o a cuadrillé, para que el tejido conserve el mismo ancho y dirección.

Otros elementos a utilizar fuera del hilo, son alfileres finos, largos e inoxidables, de preferencia de cabeza grande, y los bolillos, o husos de madera de 12 a 15 cm. de largo, que poseen en un extremo un corte imitando la cabeza del alfiler. En ellos se enrolla (o devana) una cantidad de hilo, utilizado para el tejido, el cual gracias a una lazada en la cabeza del bolillo no se desliza.

Se aparean, es decir los bolillos van de dos en dos. Las artesanas consultadas realizaron sus propios bolillos de distintas maderas; guindo, colliguay (*colliguaja odorifera*), cerezo, etc. Hay bolillos más elaborados realizados por maestros en torno, siendo su valor muy alto. También es importante contar con una caja de madera para fijar la almohadilla o un *burrito*, que es nada menos que un receptáculo de madera con pedestal.

Contaba la Sra. Carmencita que la abuela Rosa veía todos los días tejer a su patrona y quiso aprender. Se confeccionó su almohadilla y sus bolillos, luego con el permiso de la señora, se colocaba detrás de ella para observarla cómo esta dama ejecutaba su labor (... porque antiguamente la empleada no se podía colocar al lado de sus patronos.....era una falta de respeto...).

Así, con paciencia, y cuando sus obligaciones domésticas se lo permitían, la abuela Rosa aprendió lentamente a tejer a bolillo “..... *Mi abuelita grababa los dibujos en su mente y en sus ojos; nunca usó moldes.....Ella era muy habilosa...*” recordaba la Sra. Carmencita.

Con el paso del tiempo este tejido para la abuela Rosa y sus hijas se convirtió en una profesión, y la mayor parte de sus ingresos económicos provenían de los trabajos a bolillos que ellas vendían en Concepción y otras ciudades.

Para que el tiempo les rindiera y no descuidar las labores propias del hogar, las mujeres se organizaron turnándose por días: “.....En la mañana, íbamos al pozo a buscar agua en los baldes, cada una hacía su cama; después se preparaba el desayuno y cuando terminábamos se limpiaba y ordenaba la mesa, dejándola lista para el almuerzo. De ahí nos íbamos a trabajar a las almohadillas. A las doce en punto, la cocinera nos llamaba pa’ almorzar. ¡Los almuerzos eran bien conversados! Cuando ya terminábamos, le dábamos gracias al Señor por el alimento recibido, se levantaba la mesa y se dejaba listita pa’ la once. D’ahí nuevamente al pozo a buscar agua fresquecita en los baldes. Entre las cuatro y las cinco tomábamos la once, con mate, café de trigo, tortilla calentita, queso, dulce..... y d’ahí nuevamente dejar la mesa lista pa’ la merienda, porque los hombres llegaban a la casa a la oración (media tarde) con harta hambre y cansado de los trabajos en el campo”.

Los bolillos en las manos de estas mujeres ingeniosas y laboriosas seguían cantando, hasta que la luz del día se apagaba. Entonces se reunía toda la familia a merendar, a conversar, a planificaba las labores del día siguiente para iniciar un nuevo turno, y una nueva jornada junto a las almohadillas.

En ese entorno creció la señora Carmencita. A los doce años su abuela Rosa le enseñó a hacer blondas, pero como toda niña campesina también tenía sus deberes. Es así, que cuando la mandaban a cuidar a los animales al potrero, Carmencita, niña hacendosa, llevaba su almohadilla, y mientras vigilaba a los animales tejía sus blondas con palitos de colliguay, que ella misma confeccionó. Más tarde se incorporó al taller de sus tías, asumiendo su papel de tejedora que convirtió en su profesión.

Parte de su niñez y adolescencia se la pasó tejiendo blondas para vivir, hasta que se trasladó a la ciudad de Concepción, donde se empleó como niñera “...*en casa de unos señores ricos y muy buenas personas. Allí tejía cuando el tiempo me lo permitía, generalmente de noche pa’ mi patrona y pa’ mi niña que era muy linda y regalona...*”.

“*Mis patrones eran personas muy buenas y consideradas. Me salí de la casa sólo pa’ casarme...*”. El tiempo se fue escaseando; con un marido que atender, dos hijos varones que cuidar, y también parientes y allegados de los cuales preocuparse, los quehaceres de la casa eran mucho. Ya no le quedó tiempo para tejer y lentamente lo fue dejando de lado, hasta el día 11 de Noviembre de 1983, (*) cuando la niña linda y regalona que ella crió, hizo el milagro del contacto “*Nos conocimos, me enseñó a tejer en hilos como también en sueños*”.

(*) La Sra. Carmencita vivió en calle Santa Clara, Chillancito, Concepción.

Doy fe

Sylvia Gutiérrez Barrales.